

CARLOS RODRIGUEZ LARRETA



DESPUÉS
DE
CASEROS

EX-BICC

S-6583

Buenos Aires

1920

CEXECI

R/8485

01566725x
i15285643

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 404958

TS- 6583

DESPUÉS
== DE ==
CASEROS

PREFACIO

PREFACIO

La carta que sigue fué escrita, como se verá por su fecha, hace ya más de un año y medio. La tenía en borradores, casi olvidada, cuando se me ocurrió que sería oportuno publicarla al inaugurarse en el Paraná el monumento levantado al general Urquiza.

Yo sé que la generación actual se interesa poco en el pasado. Diríase que su carrera es demasiado vertiginosa y que los peligros que corre son, en verdad, demasiado serios para que pueda, ni por un instante, quitar su mirada del porvenir.

Pero no se nace más que una vez ni se tiene nunca, al mismo tiempo, el alma de dos generaciones.

C. R. L.

DESPUÉS DE CASEROS

(*Carta abierta a don Ramón J. Cárcano*)

Ascochinga, marzo de 1919.

Acabo de leer su libro *De Caseros al 11 de Septiembre*.

Lo he leído, aquí, en Ascochinga.

Usted conoce este rincón de las sierras cordobesas. El paisaje es sereno y sonriente. Y este año está más encantador que nunca. La primavera y el verano han sido lluviosos; los ríos están llenos; los pájaros, nunca sedientos, cantan sin cesar; el verde, bien lavado, de la maleza y de los árboles, reluce al sol y es ópimo el fruto de la tierra.

¡Con cuánta serenidad puede juzgar un lector, desde aquí, los actos y los sucesos des-

criptos por usted, que mediaron entre la caída de Rosas y la revolución de septiembre! ¡Qué lejano y qué sordo parece el estrépito de aquellos días memorables!

Yo recomendaría este sitio como residencia de trabajo a un futuro historiador, porque es, además, el centro de grandes teatros históricos. Un poco al norte está Barranca Yaco: la sangre de Quiroga; en los alrededores de Córdoba y más al sur, San Roque, la Tablada y Oncativo: las victorias del cordobés unitario; hacia el este el Quebracho Herrado, campo de la batalla definitiva en que prevaleció el partido federal.

¡Y pensar que tanta sangre y mucha más, la de Caseros, la de Cepeda, la de Pavón, la que corrió sin cuento y sin gloria en refriegas locales, fué necesaria para asegurarnos a nosotros los beneficios de la paz y de la organización nacional!

I

He de comenzar, amigo mío, por decirle que tengo una queja de usted. Cita usted mi nombre a propósito de la manera cómo don Miguel Azcuénaga—jefe de policía de Buenos Aires—protegió la salida de don Vicente F. López al terminar la segunda sesión legislativa en que se discutió el acuerdo de San Nicolás. La referencia es exacta; nada tengo que decir en cuanto a ella; pero se expresa usted en tal forma al nombrarme que cualquier lector podría imaginarse que yo he vivido en aquella época y que he sido contemporáneo de Azcuénaga y de López.

La cosa no es para mucho. Perdidos los alardes de mi primera juventud, le perdono

a usted en esta segunda y penúltima—¿no es verdad?—una confusión que hubiera sido antaño lamentable.

Aquello lo supe, en verdad, por el mismo doctor López, como he sabido tantas cosas de la historia patria, aprendidas en el trato a veces íntimo con los grandes hombres del país, que aún vivían durante mi juventud. Y nunca lamentaré bastante que las brutalidades de la vida material me hayan impedido hasta ahora escribir para contarlas, porque son de esas pequeñas cosas que iluminan los sucesos, aquí y allá, como muchas veces algunas nimiedades de la conducta sirven para definir los caracteres mejor que los grandes actos.

Mitre, Quintana, Roca, Pellegrini, Uruburu, Sáenz Peña, Figueroa Alcorta... les he tratado a todos, más o menos de cerca, y he procurado ser con ellos un interlocutor bastante atrevido como para llevar la conversa-

ción al terreno de los acontecimientos que les tocara dirigir. Y de ese modo consigo explicarme ahora por qué clase de razones figuraron aquellos hombres en el primer plano de su tiempo.

No puedo hacer a este respecto más que una excepción: la de un hombre que usted ha conocido mucho: el presidente Juárez Celman.

Yo esperaba para buscar el trato con él a que se alejara más aún la época de su gobierno, sin comprender que las amarguras habrían de acortar su vida. Ahora, siento mucho no haberle conocido, porque cuando le veía, en sus últimos años, recorrer a pie las calles de Buenos Aires y las avenidas de Palermo, casi siempre solitario, con la distinción y la modestia de su porte, yo pensaba que había una gran lección, digna de ser transmitida a la juventud de nuestra patria, en la conducta

de ese hombre: la lección de su caída, por la manera tan noble con que se entregó a la fatalidad, sin agravios, sin rencores, sin revelaciones vengativas, guardando un profundo silencio sobre los hombres que traicionaron en la adversidad al más adulado de nuestros gobernantes, dejando pasar las diatribas de tanto menguado que creyó encontrar en su derrota un peldaño fácil, aunque cobarde, para trepar en la carrera pública... Y todo, como si él hubiese querido, con una admirable abengación, reducir en la herencia de sus hijos el lote de los odios.

II.

Pero volvamos a nuestro asunto.

Yo le he referido a usted otras cosas de aquella época que usted parece haber olvidado.

Quiero recordarle, sin embargo, un gesto de Urquiza. No sé si figura en los diarios de la época, pero a mí me lo contó don Bernardo de Irigoyen.

Era el 22 de junio de 1852, es decir, el día de la segunda y última sesión de la legislatura de Buenos Aires en que se trató del acuerdo de San Nicolás. La agitación popular de la ciudad habíase vuelto tumultuosa y ame-

nazadora. Los periódicos escribían en un lenguaje altisonante y, aunque respetaban todavía la gloria del vencedor de Caseros, llevaban la nerviosidad a los hombres de la calle y de la muchedumbre anónima surgían los primeros gritos airados contra Urquiza. Se hablaba de revolución y se pronunciaba desde ya el nombre del coronel Hornos como el del jefe indicado para sublevar el ejército contra el "nuevo tirano".

A la hora de la sesión, la parte de pueblo que no logró entrar a la barra del recinto, se había aglomerado en la esquina de Perú y Moreno, es decir, rodeando el edificio de la legislatura. La exaltación era muy grande y la noticia de lo que ocurría en Buenos Aires llegó con todos sus detalles a oídos del general Urquiza que se encontraba en Palermo.

El vencedor de Caseros hizo entonces llamar al coronel Hornos, y cuando estuvo en

DESPUÉS DE CASEROS

su presencia le dijo:

—Coronel, mande usted ensillar su caballo y el mío, porque he resuelto ir a Buenos Aires y quiero que usted me acompañe.

En efecto, poco tiempo después llegaban juntos, Urquiza seguido por Hornos, al galope de sus caballos, hasta la cuadra de Perú entre Moreno y Potosí. Al aproximarse a la muchedumbre, Urquiza puso su caballo al tranco y enderezó sin vacilar hacia la masa de pueblo. La multitud le abrió paso en silencio; Urquiza atravesó por el medio; al llegar a la esquina dobló a la izquierda por Moreno, siempre entre el pueblo silencioso, y poniendo otra vez su caballo al galope se volvió a Palermo seguido por Hornos.

Este episodio, si muestra el valor de Urquiza, muestra también, como muchos otros, cuál era entonces el estado de la opinión pública en Buenos Aires.

Usted, por ejemplo, recuerda el banquete en el Club del Progreso presidido por don Diego de Alvear, pero ¿por qué no cuenta el baile en el mismo Club? ¿Por qué no cuenta, para mostrar que la exaltación había llegado en un momento hasta la demencia, que un grupo de juventud de la más elevada alcurnia política y social se complotó para asesinar en ese baile al general Urquiza y que le tocó la suerte de matar al joven don Adolfo Alsina, de alma generosa y bravía, rival más tarde por algún tiempo de Mitre en el amor popular de Buenos Aires, hijo de don Valentín Alsina y de doña Antonia Maza?... ¡Predestinación misteriosa de la sangre! ¡Familia trágica la mía, la de mi madre, la de Maza! ¡Cómo segaron sus vidas la guerra civil, el puñal del asesino, el hacha del verdugo!...

La conjuración fracasó. Alguien la delató a don Valentín Alsina, que pudo impedir su

DESPUÉS DE CASEROS

cumplimiento. Sin embargo, don Bernardo de Irigoyen me dijo que al salir Urquiza del baile y al tomar su coche advirtió que estaban cortados los tiros de los caballos. Pero... a todos interesaba guardar el secreto.

III

Debo reconocer, desde luego, su terrible imparcialidad de historiador, que he sentido en carne propia.

Esto se lo digo porque siendo usted amigo mío, le ha hecho al general Oribe cargos que nadie le ha hecho, que no le ha hecho siquiera José María Ramos Mejía, mucho más justiciero con él que usted, no obstante la blasonada tradición unitaria del ilustre autor de *Rosas y su tiempo*.

Cree usted atenuar, sin duda, la dureza de sus juicios diciendo en la página 11 de su libro: "el resto del país (se refiere al Uruguay) obedecía a Oribe, el más bajo instru

mento de la tiranía porque pudo ser el más alto factor de las libertades de América”.

Pero ¿cómo? ¿traicionando a Rosas? ¡Ah, no! Urquiza pudo lanzar a la faz de la nación el pronunciamiento del 1.º de mayo de 1851 porque Urquiza no era, como Oribe, el amigo y el aliado de Rosas, porque no había recibido de éste, como Oribe, las armas y los soldados para recobrar la presidencia de su país. Urquiza sólo tenía de común con Rosas su credo federal que nunca desmintió, pero le separaba del dictador un desacuerdo fundamental. Rosas, sea por ambición, sea por convencimiento, retardaba la organización constitucional y Urquiza demostró en el porvenir la buena fé con que quería llegar a ella.

Los hombres de la estirpe a que Oribe pertenecía podrán extraviarse en el camino de las pasiones, podrán llegar a ser, como Ramos Mejía lo ha dicho de él mismo, “una

personificación de la venganza", pero nadie tendrá el derecho de reprocharles que hayan perseguido la gloria al través de la traición.

Usted le juzga a Oribe, frente a Urquiza, durante la campaña del Uruguay que precedió a la batalla de Caseros. Pues bien, tengo motivos para creer que la conducta de Oribe no dejó en el ánimo de Urquiza la misma impresión que ha dejado en el ánimo de usted. Entre otros papeles de familia, he perdido o me han robado la carta de pésame dirigida por Urquiza a la viuda de Oribe cuando éste murió, pero recuerdo que estaba concebida en términos de franco y amistoso elogio. Y el general Victorica le refirió a mi hermano Alberto que cierta vez, en un banquete celebrado en San Nicolás de los Arroyos, que Urquiza presidía, algún jefe se permitió expresarse en forma desconsiderada contra Oribe y que entonces Urquiza se puso

DESPUÉS DE CASEROS

de pie y le replicó con tan terrible violencia que dejó helados a los presentes, pues cuentan los que conocieron de cerca al vencedor de Caseros que si tenía un gran dominio sobre sí mismo, cuando daba, en cambio, rienda suelta a su furor parecía un león embravecido.

IV

No van, en su libro, irguiéndose como debieran las estatuas de los hombres que actuaron en el escenario de 1852. Es lástima, porque eran grandes hombres y porque usted tendría, si quisiese, fuerza bastante para manejar el cincel. Yo no creo que hoy pudiesen reunirse en un gobierno personalidades tan sobresalientes como las que formaron la legislatura de Buenos Aires y el Consejo de Urquiza.

Tan sólo López queda en pie con sus proporciones verdaderas, porque usted ha juzgado su discurso, su único discurso, *single speech*, como el de Hámilton, con los honores

DESPUÉS DE CASEROS

que merece; pieza oratoria que por el teatro, la valentía, la elocuencia, el conocimiento profundo de la historia, podría compararse sin exageración con los mejores modelos de la antigüedad.

Pero a Pico ;con qué injusticia le trata usted! Y todo por salvar a Vélez Sársfield de la inconsecuencia con que aprobó en privado y combatió después en público las bases del acuerdo, movido, acaso, por pequeñeces de amor propio, como usted mismo lo supone. Hay que creer siempre en lo que diga Pico como un homenaje debido a su austeridad. Usted recuerda con cuánta sencillez recogió en el debate una calumnia sobre su conducta. Pudo no hacerlo. Hay dos suertes de calumnias que antes deben envanecer que mortificar a los hombres: las de las mujeres y las de los periódicos, pues cuando una mujer calumnia a un hombre es porque le quiere y

cuando un periódico calumnia a un hombre es porque le teme.

Usted recuerda, también, que Mitre refrendó la propia defensa de Pico y pudo agregar que muchos años más tarde, cuando Mitre ocupó la presidencia de la república, reconoció de nuevo el saber y la probidad de Pico nombrándole para desempeñar el alto cargo de procurador general de la nación.

Si López fué el elocuente defensor del acuerdo, Pico fué el verdadero autor de sus cláusulas escritas. Y usted verá que esta última afirmación se comprueba alguna vez cuando se publiquen los documentos que aun permanecen inéditos. Cada uno estuvo en su papel: López fué el historiador: Pico fué el jurisconsulto.

DESPUÉS DE CASEROS

V

Esperaba encontrar en su libro un boceto siquiera de Mitre. Era sin duda la oportunidad de hacerlo. La presencia del joven coronel en las agitaciones de 1852, ceñidos los laureles de Montevideo y de Caseros, significa la aparición repentina en las lides del periodismo y del parlamento de una de las figuras más grandes de nuestra historia.

Por otros escritos suyos, sé que usted es admirador de Mitre, como lo soy yo también. En mí es más raro, porque me he formado en un ambiente federal; pero habría tenido que ser mucha la pequeñez de mi carácter si por atávicos prejuicios no me hubiese incli-

nado ante su grandeza con respeto, y mucho más cuanto que he vivido ya lo bastante como para saber que los hombres se apasionan, a menudo, ingenuamente, en política, unos por el martillo y otros por el yunque, tan necesarios, sin embargo, el uno como el otro, para forjar la obra.

A mí me parece muy explicable la oposición de Mitre al acuerdo de San Nicolás.

Acababa de llegar del ostracismo y de la guerra civil con la cabeza llena de principios liberales y quiso poner, de buena fe, como muchos otros, las primeras vallas al peligro de que Urquiza se convirtiese en Rosas.

Le movían dos características de su figura pública; su idealismo y el vigor de su temperamento.

El idealismo lo conservó hasta la vejez. Usted recordará el discurso de su jubileo, a los ochenta años de edad, la más ingenua y

optimista de sus inspiraciones. Un grande hombre es casi siempre el que mientras ensancha y nutre su cerebro, conserva intactos los primeros sentimientos de su corazón. Por otra parte, he pensado algunas veces que si la envidia o la pasión adversa pretendiesen quitarle todo a Mitre, habrían de respetar siempre en él su gran temperamento que fué impetuoso en la juventud, acerado en la edad madura, sereno en las altas horas de su vida.

Usted encuentra que hubo en los discursos parlamentarios que Mitre pronunció contra el acuerdo "excesos de retórica". Es posible, porque es un rasgo juvenil.

Me viene en este momento a la memoria una anécdota que me refirió mi suegra, vinculada por amistad con la familia de Mitre. Contaba que cuando Mitre era en Montevideo oficial en el ejército de la defensa y cortejaba a la señorita de Vedia, que fué más

tarde su digna compañera, uno de los padres de la niña puso algún reparo a al juventud de Mitre, diciendo:

—No tenemos razón para oponernos a que nuestra hija se case con este joven oficial, pero la verdad es que estaba educada como para ser la esposa de un gobernador de Buenos Aires.

¡Gobernador de Buenos Aires y cuánto más! ¡Oh, que nadie mire en menos al joven caminante que emprende su marcha, aunque parezca mal seguro en la jaca que monte, no sea que el destino haya puesto en sus alforjas, como puso en las de Mitre, el poder y la gloria!

No sé yo, por cierto, lo que faltaba en la rica naturaleza de aquel hombre. Uno de mis amigos encuentra, sin embargo, que en su espíritu faltaba la ironía. Y creo realmente que Mitre haya reído poco. Pero la ironía no es

necesaria para las grandes obras. Recuerdo ahora la impresión que me hizo cuando supe, al estallar en Europa la guerra grande que Anatole France, el ironista más celebrado de edad moderna, el autor de *La revolte des anges*, donde se hace burla de la política y de la guerra y se cuenta la revolución que los ángeles tramaron en la tierra contra Dios, vestía uniforme militar y desempeñaba, a pedido suyo, viejo ya, un puesto en la administración del ejército. ¡Ironía más grande que las suyas!

Se cree ordinariamente que la risa es un don sublime porque no la tienen los animales. Pero ¿la tendrá Dios? En cuanto a mí, no concibo la risa de Dios. Y todo lo que es grande en la vida humana, el trabajo, el amor, el heroísmo, no es alegre ni risueño sino serio.

Voy a terminar con una impresión perso-

nal estas palabras sobre Mitre, que no alcanzan, por cierto, a llenar el vacío de su libro.

Todo hombre es un artista, que trabaja en realizar siquiera una obra de arte: la de su propia vida. He ahí una verdad que hace menos despreciable a la especie humana. No sólo los que triunfan, sino también los vencidos del mundo, los mismos que se encenagan en el vicio, hasta los que concluyen en las cárceles, encuentran siempre que hay en su propia vida una moral y una belleza.

Bajo este aspecto no hubo artista más consciente que Mitre.

Yo no había nacido cuando ascendió a la presidencia ni cuando volvió triunfante de la guerra del Paraguay, pero sé que a los cuarenta y siete años de edad, cargado de honores tanto más brillantes cuanto más tempranos, renunció a las sensualidades que le brindaba fáciles la vida, para encerrarse en

DESPUÉS DE CASEROS

una biblioteca y escribir las historias de San Martín y de Belgrano y tantos otros trabajos intelectuales. Y sé también, porque fui testigo de su ancianidad, que cuidaba en los últimos años de sus actos y de sus palabras, seguro de que estaba forjando, a fuerza de sacrificios, un modelo de vida.

VI

Usted termina su libro con estas palabras que son una síntesis: “el soldado de Caseros fué superior al estadista de la organización”.

Yo pienso lo contrario. Creo que fué más grande la gloria del estadista al luchar durante tanto tiempo contra la desconfianza y el encono, que la del golpe militar de un día, deslumbrante y rápido, asestado a Rosas en Caseros. En esto último, tuvo Urquiza la ayuda de muchas voluntades para vencer al enemigo, mientras que en lo primero no tuvo sino las fuerzas de su espíritu para dominar a cada momento las seducciones de su propia ambición.

DESPUÉS DE CASEROS

Por otra parte, la autoridad de un estadista es siempre menor que la autoridad de un militar. En la época estudiada por usted, el pasado con sus tradiciones, las nuevas perspectivas del momento, los rencores de algunos y las ambiciones de todos, lo que yo llamaría en una sola frase la dirección y el nivel de las aguas, produjeron acontecimientos fatales.

Un hombre público, por superior que sea, no crea ni mueve los acontecimientos; los dirige solamente y esto mismo en ciertas condiciones. Su papel es semejante al del maquinista de una locomotora. El maquinista no ha hecho la locomotora que ha venido de la fábrica, construída con materiales diversos y por muchos otros hombres. Además, la locomotora está destinada a correr sobre rieles tendidos de antemano y con la fuerza propia que tiene en sus entrañas.

El maquinista lleva la mano en el manubrio.

Puede, en verdad, por una torpeza, hacerla saltar de la vía y producir la catástrofe. Eso es todo y es mucho. Pero diversas circunstancias ajenas a la voluntad del maquinista pueden hacer que la locomotora salte de los rieles. He ahí lo que es necesario discernir cuando se trata de juzgar a un hombre de gobierno.

Y usted no ha procedido así con Urquiza. Usted le juzga como si hubiese sido un artista, un trabajador solitario, un orador sin contradictores. ¡Oh, qué fácil es escribir la historia hipotética en su bufete, rodeado de una familia encantadora, rico el espíritu en ideas y en vocablos, con cuatro documentos sobre la mesa de escritorio, y qué difícil es hacer la historia verdadera teniendo que conciliar millares de voluntades que son millares

de egoísmos, millares de intereses, millares de ambiciones! ¡Qué difícil es hacer, como Urquiza, la historia verdadera en la brecha ensangrentada!

Para economizarme muchas palabras y argumentos voy a concluir esta carta con una cita de Macaulay.

En general, no me gustan las citas, porque creo que hacen fastidiosa la lectura. Prefiero que el escritor aproveche de una reminiscencia y la vierta con su propio estilo, pues, al fin y al cabo, el germen de nuestras ideas está siempre en las cosas, los hechos y los pensamientos ajenos, como el arte no es sino el color, la línea, la armonía, que toman la naturaleza y la vida al pasar por nuestras almas.

Pero verá usted, si es que aquella página no cuenta ya en su erudición, cómo parece que Macaulay y el orador mentado por él

estuviesen hablando del acuerdo de San Nicolás y de los debates que promovió en Buenos Aires.

La Convención que llamó al trono de Inglaterra a Guillermo y María hubo de convertirse en Parlamento y un *bill* con ese objeto fué aprobado por los pares, pero al pasar a la Cámara de los Comunes produjo en ella grandes discusiones. Macaulay hace la crónica del debate y termina con estas palabras:

“Mucho se dijo acerca de la historia de los edictos de convocación y de la etimología de la palabra parlamento. Es notable que el orador que trató la cuestión desde el punto de vista más político fuese el viejo Maynard. En las contiendas civiles de cincuenta años fecundos en acontecimientos había aprendido que las cuestiones que afectan a los más altos intereses de la república no se deciden con

DESPUÉS DE CASEROS

mera palabrería y con citas de derecho francés y derecho romano; y siendo universalmente reconocido como el más hábil y entendido jurisconsulto inglés, podía expresar lo que sentía sin temor de ser acusado de ignorancia y presunción. Prescindió desdeñosamente, por considerarlo frívolo y fuera de lugar, de toda aquella indigesta erudición que algunos, menos versados que él en tales materias, habían introducido en la discusión. “Nos hallamos en este momento—decía—fuera del camino trillado. Si nos resolvemos a no salir de este camino, no podemos movernos en absoluto. El que durante una revolución no quiere hacer nada que no esté en estricta conformidad con la forma establecida, se parece al que se hubiera extraviado en un bosque y permaneciera inmóvil gritando: “¿Dónde está el camino real? No daré un paso como no sea por el camino real”.

Pues bien, en medio del bosque, el hombre debe seguir el camino que le conduzca a su casa". (1).

Usted reconocerá, amigo mío, que en los debates sobre el acuerdo de San Nicolás, Vélez Sársfield gritaba también: "¿Dónde está el camino real?"

Lo que yo sé, porque lo he observado desde la cátedra de derecho constitucional que ocupé durante cuatro años en la Universidad de Buenos Aires, es que las nuevas generaciones, desapasionadas ya o extrañas a los hombres que elaboraron en aquella época la política del país, miran en el acuerdo de San Nicolás el punto de partida de la organización nacional, se ponen, en su gran mayoría, del lado de los que defendieron el acuerdo en los

(1) *Historia del Reinado de Guillermo III*, por Lord Macaulay. Versión castellana de Daniel López. Madrid, 1886. Tomo I, pág. 39 y 40.

DESPUÉS DE CASEROS

debates del periodismo y del parlamento o en la guerra civil y consideran al general Urquiza como a una figura histórica destinada a elevarse y a engrandecerse cada vez más, junto con el pueblo argentino, al pasar los años y los siglos...

Termino aquí esta carta.

Y básteme con decirle, en conclusión, que cuando un hombre como usted dedica su saber y su talento a estudiar y a escribir los sucesos de nuestra historia, revela, en estos tiempos de universal materialismo, una fe profunda en los valores intelectuales y en la grandeza futura de la patria.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

— TALLERES GRAFICOS—
SCHENONE HNOS. & LINARI
PASCO 735.—BUENOS AIRES

Precio \$ 1.50 m/n.